

María Rosa
Zambrano

Discursos latinoamericanistas en los debates arquitectónicos de la década de 1980

Los seminarios de Arquitectura Latinoamericana (SAL)

Palabras clave: arquitectura latinoamericana, seminarios, debates, identidad, regionalismo crítico.

Este artículo explora los discursos que se generaron en los Seminarios de Arquitectura Latinoamericana entre 1985 y 1993, a partir de la reconstrucción de sus debates sobre las nociones de identidad y modernidad y regionalismo, y de su plasmación por algunos de sus participantes en diversas conferencias y publicaciones de arquitectura de aquel periodo. Se trató en cierto modo de una reacción a la crisis económica prácticamente general a partir de la década de los 80 y al subsiguiente desinterés por la producción arquitectónica de América Latina por los principales historiadores y críticos foráneos. Todo ello en contraste con el reconocimiento internacional de obras y autores de las décadas de 1940 y 1950 y el optimismo y conciencia de progreso de esos mismos años.

Figura 1. Ramón Gutiérrez, Miriam Chandler, Horacio Pozzo, Julio Cacciatore, Marcelo Martín y Adriana Irigoyen, en la organización del II SAL en Buenos Aires, 1986. Archivo Centro Documentación Arquitectura Latinoamericana. CEDODAL.



Poco más de una década los separaba del fin de siglo XX y parecía que el futuro había perdido su encanto. Mientras que a inicios de siglo, la noción de “progreso” se había presentado como la panacea que les permitiría a las jóvenes naciones iberoamericanas entrar en el consenso de naciones “modernas” y “civilizadas”, a partir de la década de 1980, aquellas optimistas expectativas de progreso parecían defraudadas. La mayor parte de países se encuentran sumidos en profundas crisis económicas, sociales y políticas, provocadas por el proceso de redemocratización que siguió a la abolición de las dictaduras militares.

En el ámbito de la arquitectura, en aquella década convergieron ciertos aspectos significativos. La mayor parte de arquitectos insignes de la arquitectura de América Latina habían nacido a inicios del siglo XX, y, por lo tanto, una gran parte de ellos

habían desaparecido a finales del mismo siglo.¹ Por otro lado, el desinterés por la producción arquitectónica de América Latina por parte de historiadores y críticos foráneos estaba en su punto álgido. Autores como Hugo Segawa señalaban la década de 1980 y 1990 había sido especialmente silenciosas —editorialmente hablando— (Segawa, 2005) y Kenneth Frampton coincidía con esta apreciación, afirmando que, si bien esta arquitectura había sido ampliamente documentada en la década de 1940 y 1950 en libros y revistas, paulatinamente se había ido perdiendo el interés en ella (Frampton, 2000).

Sin embargo, la década de 1980 se había iniciado con la entrega del segundo Premio Pritzker al mexicano Luis Barragán. Aunque este arquitecto no había alcanzado todavía el prestigio del que goza actualmente, algunas miradas dentro y fuera del continente se dirigieron recurrentemente a su obra, lo que lo llevaría a convertirse,

María Rosa
Zambrano Torres.
Arquitecta por la
Pontificia
Universidad Católica
del Ecuador
Especialista en
Historia del Arte por
la Universidad
Andina Simón
Bolívar
Máster en Análisis,
Teoría e Historia de
Arquitectura por la
Universidad
Politécnica de
Madrid.

Figura 2. Matilde Villegas, Gloria Inés Arias, Enrique Browne, Rogelio Salmona, Humberto Eliash, Ramón Gutiérrez, Jorge y Laura Moscato, entre otros, en el III SAL en Manizales, 1987. Archivo Centro Documentación Arquitectura Latinoamericana. CEDODAL.



antes de finalizar la misma década, en un ejemplo de “arquitecto regionalista” para críticos como Kenneth Frampton o William Curtis,² y de “arquitecto latinoamericano”, paravarios participantes de los preminentes Seminarios de Arquitectura Latinoamericana —SAL—, quienes le otorgaron en 1987, el primer Premio América, reconocimiento instituido como una forma de distinguir a “aquellos arquitectos del ‘continente’ que hubiesen realizado aportes extraordinarios al fortalecimiento de la propia identidad cultural...” (Ediciones Summa et al., 1991: 36).

Figura 3. Gustavo Medeiro, Marina Waisman, Jorge Zingoni y Sergio Trujillo asisten a una de las sesiones del VI SAL en Caracas, 1993. Archivo Centro Documentación Arquitectura Latinoamericana. CEDODAL.

Este cruce de miradas sobre la obra de Barragán apunta a una serie de inquietudes propias de la década y del ámbito latinoamericano. En el contexto internacional, desde los años 1960 habían comenzado a cuestionarse varios de los paradigmas de la arquitectura del Movimiento Moderno y, más aún, en la década de 1980 habían comenzado a irrumpir en el panorama arquitectónico diversas corrientes engloba-



das bajo el nombre de “postmodernas”. ¿De qué manera habían sido recibidas en el contexto de América Latina estas elaboraciones críticas del ámbito internacional? A juzgar por los criterios con los que se estableció el Premio América, los críticos participantes de los Seminarios de Arquitectura Latinoamericana apostaban por una arquitectura que hiciera aportes al fortalecimiento de la identidad cultural, emparentándose así, en cierta medida, con las corrientes regionalistas propuestas por teóricos como Kenneth Frampton. Pero cuáles fueron realmente los puntos de contacto entre estas posturas teóricas, y por qué se estaba esgrimiendo la noción de “identidad” a una pretendida escala “continental”. Para acercarnos a estas interrogantes, este artículo pretende explorar los discursos latinoamericanistas que se generaron en los SAL de 1985, 1987, 1989, 1991 y 1993, a partir de la reconstrucción del estado del debate sobre las nociones de identidad y modernidad y regionalismo, de la manera en que fueron planteadas por algunos de sus participantes en diversas conferencias y publicaciones de arquitectura de aquellos años.

Dependencia, relación centro-periferia e identidad cultural

En el contexto latinoamericano, el ámbito del debate arquitectónico fue dinamizado desde la década de 1970, en buena medida, a partir de la creación de plataformas de discusión como las Bienales de Arquitectura. En 1973 se instituyó la Bienal de Arquitectura de São Paulo, en 1977 la Bienal de Arquitectura y Urbanismo de Chile, en 1978 la Bienal Panamericana de Quito y en 1976 la Bienal Internacional de Buenos Aires. Y muchos de quienes estuvieron detrás de la organización de estos eventos fundaron en 1985, los Seminarios de Arquitectura Latinoamericana, conocidos popularmente como los SAL³ (figuras 1-2).

Los primeros integrantes de estos encuentros fueron Marina Waisman, Ramón Gutiérrez, Pedro Murтинho, Pedro Belaúnde, Joaquim Gedes, Severiano Porto, Enrique Browne, Mariano Arana, Rogelio Salmona, Abraham Zabłudovsky, Ruth Verde Zein, y Juvenal Baracco. El primer encuentro se desarrolló de manera casi espontánea y paralela a la Bienal Internacional de Arquitectura de Buenos Aires en 1985, y a partir de ese momento, estas reuniones se han ido convocando bianualmente en Argentina, Colombia, México, Chile, Venezuela, Brasil, Perú, Puerto Rico, Uruguay y Panamá (figura 3).

Figura 4. El III SAL de Manizales interpretado por Humberto Eliash, 1987. Archivo Centro Documentación Arquitectura Latinoamericana. CEDODAL.

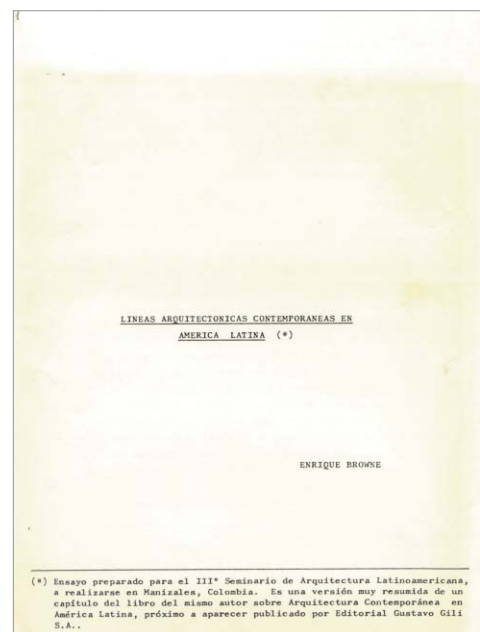
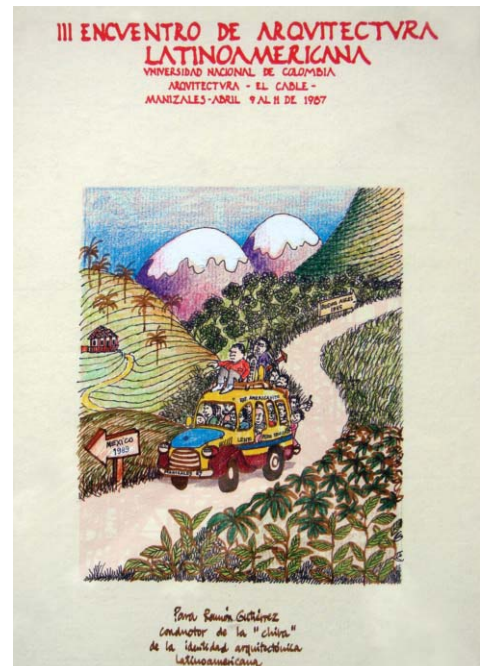
Así, los SAL de la década de 1980 aglutinaron a un grupo de arquitectos, quienes desde una “mirada propia” y una “escala latinoamericana” fueron los catalizadores de una serie de debates en los que estos profesionales y académicos se abocaron a la tarea de reconocer personajes, ideas y realizaciones que permitiesen comprender la complejidad de la “cultura arquitectónica latinoamericana”, tanto al interior como frente al panorama mundial, y que permitiesen dilucidar los nuevos caminos de su arquitectura.⁴

Cuando se analizan las mesas de discusión y conferencias presentadas en los primeros SAL, resulta relativamente fácil identificar los temas de interés principales. Por un lado, se mencionó reiterativamente el contexto sociopolítico de aquel entonces, se promovió la existencia de una identidad cultural diferenciada y la necesidad de una mayor integración regional. En el ámbito arquitectónico, dichos discursos produjeron un renovado interés por la caracterización de “lo latinoamericano” de la arquitectura, así como un intento de fortalecimiento de los canales de difusión de su cultura arquitectónica. Como lo expresaba el argentino Ramón Gutiérrez, una renovada “conciencia continental” asumida en aquellos años, propuso como eje de reflexión fundamental la necesidad de “recobrar la identidad en tiempos de globalización” (Gutiérrez, 2011) (figura 4).

Figura 5. Ponencia de Enrique Browne presentada en el III Seminario de Arquitectura Latinoamericana, Manizales, Colombia 1987. Archivo Centro Documentación Arquitectura Latinoamericana. CEDODAL.

Enrique Browne, en la conferencia que presentó en el III SAL de 1987 en Manizales (Colombia) titulada *Líneas contemporáneas en América Latina*, hizo una lectura del panorama económico y político latinoamericano, que a su criterio era preciso comprender para acercarse a la producción arquitectónica contemporánea de la región. Así, desde 1970, factores como la distribución inequitativa del Producto Interior Bruto, la aceleración de la urbanización y concentración metropolitana y el incremento del desempleo y subempleo, derivaron en la década de un incremento del déficit de vivienda y servicios urbanos, y en un crecimiento explosivo de los asentamientos irregulares en las grandes ciudades⁵ (Browne, 1987:5).

Según Browne, a todo esto había que sumarle las tensiones y crisis políticas que recorrían la región latinoamericana desde fines de la década de 1960. En México, los hechos de Tlatelolco⁶ habían derivado en cambios políticos de importancia, mientras que en otros países se sucedían golpes militares: Brasil, Argentina, Chile y Uruguay. Así, los primeros años de la



década de 1980 fueron de “convulsión generalizada”. Los países bajo regímenes represivos reclamaron su redemocratización, e inclusive los países que habían mantenido sus formas democráticas como Colombia, México y Venezuela se vieron sacudidos por la crisis regional. (Browne, 1987:5) (figura 5).

En este sentido, cabe recordar que la década de 1980 en América Latina ha sido denominada en el campo de la economía como ‘la década perdida’—. En aquella década, se percibían fácilmente las preocupaciones fundamentales que concentraron la atención socioeconómica y política. Por un lado, la “esperanza” y “angustia”

que concitaba la democracia, “su instauración, recuperación, consolidación, profundización, dificultades, precariedad, su eventual fracaso.” Las crisis económicas y sociales afectaron en mayor o menor medida toda la región, con sus manifestaciones más visibles: la deuda externa y las políticas de ajuste paliativas que habían “asolado” casi por una década a Latinoamérica (Sunkel, 1991:3).

El periodo de dictaduras militares, además de los giros en las estrategias económicas y crisis políticas, había traído consigo un aislamiento cultural que tuvo repercusiones en el ámbito arquitectónico. El arquitecto argentino Jorge Moscato, en una evaluación sobre la trayectoria crítica de los SAL realizada en 1991, sostenía que la arquitectura latinoamericana en la década de 1980 había sido de “extrema debilidad” para el caso de Argentina, de “aislamiento” en Uruguay, y de “retraso” teórico para Brasil (Moscato, 1991: 2). El editorial de la revista chilena *ARS* No 11 de 1989,⁷ resultaba también bastante explícito al respecto: “Luego de dieciséis años de dictadura, nuestro país se encamina hacia la recuperación de la democracia. Suponemos que esta importante transición naturalmente nos facilitará una mejor integración política y cultural en el acontecer latinoamericano (...) este retorno generalizado a la democracia en nuestro continente, unido a los avances producidos en los últimos años en la discusión y difusión de nuestra arquitectura, generará una positiva concentración de voluntades y energías de fecundas consecuencias” (Cristián Boza et al., 1989: 7). Los procesos democratizadores que experimentaron estos países defi-

nieron agendas políticas y planes económicos que esgrimieron la retórica latinoamericanista como una de las estrategias que les permitirían hacer frente a los desafíos económicos y culturales. En estos foros se acentuó la percepción de que esta anhelada “integración latinoamericana” —aunque directamente vinculada a una instancia económica y política—, debía ser ampliada hacia el ámbito de la cultura, para fortalecer la construcción de una identidad regional y sus medios de expresión. Así, si se entendía a la arquitectura como una producción cultural más, estaba por lo tanto directamente comprometida con la construcción de este “proyecto latinoamericano”. Buen ejemplo de ello fueron algunas aseveraciones de miembros líderes de estos encuentros expresadas en conferencias y artículos publicados en revistas de arquitectura, como las del colombiano Rogelio Salmona y los argentinos Ramón Gutiérrez y Marina Waisman.

En el III Encuentro de 1987, llevado a cabo en Manizales, Colombia, Salmona afirmaba que “no sólo en el campo de la política y de la economía es necesaria la ayuda y solidaridad entre los países de Iberoamérica, sino también y principalmente en el área de la cultura”. (Salmona en Ediciones Summa et al., 1991: 28) Por otro lado, Gutiérrez manifestaba en el discurso de apertura que era necesario el compromiso de los arquitectos con una arquitectura que respondería a los requerimientos sociales: “(...) personalizar nuestra tarea como contribución desde el campo de la arquitectura al horizonte cultural común de los americanos” (Gutiérrez, 1987).

De manera similar, en un artículo publicado en 1988 en la revista *A&V Monografías de Arquitectura y Vivienda* No.13, Marina Waisman sostenía que una “nueva conciencia regional” y una “creciente actividad teórica” constituían indicios de que América Latina afianzaba su identidad cultural, y de que sus arquitectos se esforzaban “(...) por mejorar una realidad sociológica cuyas deficiencias trascienden el campo de la edificación para situarse en la esfera más amplia del desarrollo social” (Waisman, 1988:36) (figura 6).

Para el caso de Argentina, Waisman mencionaba también un componente político como génesis de aquellos discursos prolatinoamericanos. En 1993 llegó a afirmar que “aires de latinoamericanidad” se respiraban en Argentina luego del conflicto de las islas Malvinas. Los argentinos, tradicionalmente “volcados hacia los países del

Figura 6. “La chiva de la identidad arquitectónica latinoamericana.” Afiche III, Encuentro de Arquitectura Latinoamericana. Manizales. Archivo Centro Documentación Arquitectura Latinoamericana. CEDODAL.



Figura 7. "Pensar Latinoamérica desde acá." Clarín, Buenos Aires, sábado 24 de abril de 1993. Archivo Centro Documentación Arquitectura Latinoamericana. CEDODAL.



llamado Primer Mundo (...) descubrieron dolorosamente que este mundo les daba la espalda, en tanto que se revelaba la genuina solidaridad de los países latinoamericanos". (Waisman, 1993) Como afirmaba Waisman, esta situación había alentado a la revista argentina Summaa dedicar el número 212 a la *Arquitectura en Iberoamérica*, con el propósito de difundir obras y arquitectos hasta el momento desconocidos⁵ (figura 7).

El arquitecto Alberto Saldarriaga también aludió a estos "aires de latinoamericanidad" en su conferencia presentada en el SAL de 1989. Definió América Latina como un lugar de enunciación común construido entre variables culturales, históricas, políticas y de subdesarrollo y dependencia económica y cultural. Para él, no solo la dependencia "amarra a los países a potencias que abierta y subrepticamente los mantienen dentro de sus esferas de dominio". El vínculo era subyacente como parte de una geografía y de una historia común, "que desembocó en un presente cuya realidad exige más que nunca dilucidar conscientemente las opciones del futuro". (Saldarriaga, 1987:6) (figura 8).

En medio del evidente malestar por la tradicional relación de dependencia cultural —además de la económica y política— hacia los países del primer mundo, los arquitectos participantes de los primeros SAL apelaron continuamente a la noción "centro-periferia" en un intento discursivo de subvertir estas relaciones de poder. Esta demandaba un compromiso con el conocimiento de una cultura arquitectónica latinoamericana "propia" versus la

adopción indiscriminada de las producciones teóricas y arquitectónicas "foráneas".

En el primer seminario de 1985, Marina Waisman opinaba que era necesario abandonar el sentimiento de ser periferia que gira alrededor de un centro, "puesto que esta relación centro-periferia era una construcción subjetiva (...) nos sentimos periferia porque vemos un centro fuera de nosotros (...) no es posible ni necesario convertirse en el centro del mundo. Pero si es posible convertirnos en el centro de nosotros mismos." (Waisman, 1985, en Ediciones Summa et al., 1991:7) En este sentido, esta autora sostenía que América Latina contaba con una producción de calidad que avalaba esta intención. En un artículo publicado en la revista *Summa* sobre el desarrollo del III SAL afirmaba: "se vio de pronto que en nuestros países existía una base de creatividad orientada positivamente, rica y variada, que daba por tierra con cualquier hipótesis de retraso cultural". (Waisman, 1989, en Ediciones Summa et al., 1991: 28)

Y no era la única que expresaba esta opinión. Los arquitectos convocados a la mesa redonda del primer encuentro que se celebró en 1985 en Buenos Aires—en paralelo a la Bienal Internacional de Arquitectura—, manifestaban el deseo de conocer la obra realizada por sus colegas latinoamericanos. Esto, en un momento en el que, en el ámbito académico y profesional, el interés predominante se orientaba hacia las publicaciones y eventos de arquitectura internacionales, que resultaban por lo tanto, de peso determinante en la orientación de las tendencias locales.⁹

En opinión de estos autores, era comprensible que las plataformas de divulgación

Figura 8. "Sobre Héroes o tumbas." Magazine Dominical, Bogotá, Mayo, 1987. Archivo Centro Documentación Arquitectura Latinoamericana. CEDODAL.

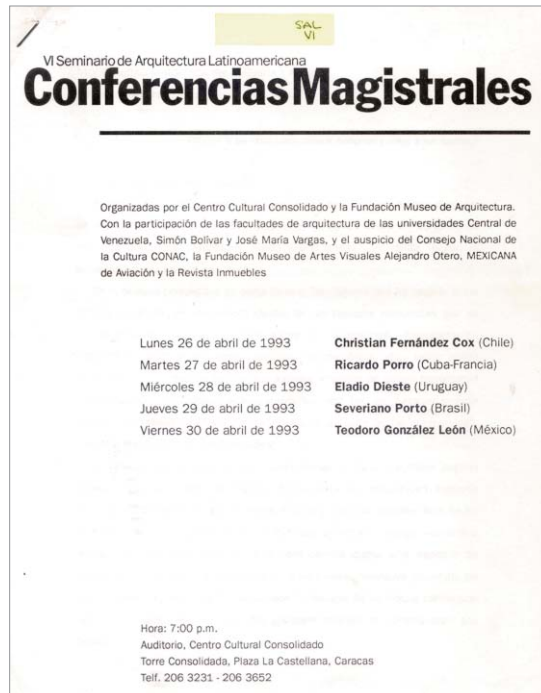
En medio del evidente malestar por la tradicional relación de dependencia cultural —además de la económica y política— hacia los países del primer mundo, los arquitectos participantes de los primeros SAL apelaron continuamente a la noción "centro-periferia" en un intento discursivo de subvertir estas relaciones de poder. Esta demandaba un compromiso con el conocimiento de una cultura arquitectónica latinoamericana "propia" versus la



⁵ Véase el artículo de Marina Waisman en este mismo número.

⁹ Véase el artículo de Marina Waisman en este mismo número.

Figura 9.
Conferencias
magistrales pre-
sentadas en el VI
Seminario de
Arquitectura
Latinoamericana,
Caracas,
Venezuela. 1993.
Archivo Centro
Documentación
Arquitectura
Latinoamericana.
CEDODAL.



internacionales no prestaran demasiada atención a América Latina, pero era imprescindible que los latinoamericanos fueran capaces de crear “también” espacios de discusión y difusión de la arquitectura construida en la región.

A partir de este sentir pro-latinoamericano, de la validación de sus expresiones culturales y del deseo de conocerse mutuamente, las ideas transitaban del par “centro-periferia” hacia la noción de identidad, que apelaba al par “universal-local” para definir sus formas de diferenciación.

En la mesa redonda celebrada en el I SAL de 1985, Assis Reis, arquitecto brasileño fundador del Centro de Identidad Cultural de la ciudad de Salvador de Bahía, opinaba que en el núcleo de las preocupaciones de América Latina estaba el tema de la identidad. Ante la pregunta “¿qué somos?”, Reis acotaba una respuesta basado en características comunes: una ubicación geográfica común, un pasado colonial superado con la declaración de la independencia y conformación republicana, y una abultada deuda externa. Además, la importación de ideas y adopción de modelos de desarrollo económicos similares. (Assis Reis, 1985, en Ediciones Summa et al., 1991: 16).

Años más tarde, Rogelio Salmona propuso una fórmula análoga para definir “lo latinoamericano” en la conferencia que presentó en el IV SAL, titulada *Una reflexión como arquitecto latinoamericano*. En su opinión, el interés en una “arquitectura

propia” era una alternativa a la imitación de modelos arquitectónicos importados y de identificaciones superficiales con “ismos” de moda. Sostenía que sin aislarse de las corrientes contemporáneas, era necesario reconocer que “lo americano” aún no había sido asumido. Entonces, ese “mirar” hacia los valores y elementos enriquecedores de “nuestra cultura” no constituía una exacerbación de lo regional, o un regionalismo que rechazara lo internacional en busca de una identidad perdida, sino una responsabilidad como “arquitecto latinoamericano” por dotar de contexto a la arquitectura (Salmona, 1989: 13).

Rogelio Salmona era un arquitecto colombiano con una larga trayectoria en el proyecto y la construcción, que había trabajado ocho años en el estudio de Le Corbusier. Imbuido por este deseo de conciencia de latinoamericanidad, Salmona afirmaba que empleaba el ladrillo en sus proyectos como una forma de interpretación del material constructivo por excelencia en su país. Opinaba que este material no había sido explorado y que su uso tenía una explicación coherente y una justificación social, histórica, técnica y estética innegable.

Junto con Rogelio Salmona, la obra del ingeniero uruguayo Eladio Dieste era considerada uno de los ejemplos paradigmáticos de arquitectura contemporánea con sentido de identidad de aquellos años. Al igual que otros asiduos participantes de los SAL, como los chilenos Cristian Fernández Cox y Enrique Browne, Dieste y Salmona aportaban a reflexiones a estos debates no sólo desde el debate teórico y crítico —como Marina Waisman, Ramón Gutiérrez, Silvia Arango o Hugo Segawa—, sino desde una obra que empleaba el ladrillo como material estructural, ampliamente reconocido y desarrollada a lo largo casi cuarenta años en Uruguay, Brasil, Argentina y España.

En una conferencia presentada en el VI SAL de 1993, Dieste reflexionaba que la construcción de una arquitectura nacional, no debía establecerse como programa a priori, sino como una reflexión sobre las posibilidades de los materiales y técnicas constructivas locales, de manera congruente con el medio. Al igual que Salmona, atribuía a la arquitectura con “sentido de identidad” un valor moralizante, un deber ser como “arquitecto latinoamericano” (Dieste, 1993: 2) (figura 9).

Así, la identidad latinoamericana se planteaba el camino hacia donde mirar para

Figura 10. "Tiempo latinoamericano." Arquitectura Hoy. Caracas, sábado 24 de abril de 1993. Archivo Centro Documentación Arquitectura Latinoamericana. CEDODAL.



encontrar las soluciones a los desafíos contemporáneos, y en donde subvertir esta incómoda relación centro-periferia, en la que América Latina parecía llevar la peor parte: apropiación acrítica de lo foráneo, el desconocimiento de lo propio y la incapacidad de adaptar a las condicionantes locales las acertadas formas de apropiación del lenguaje del Movimiento Moderno y del Estilo Internacional, que los arquitectos de décadas anteriores habían conseguido con tanta maestría.

Estado del debate entre Identidad y modernidad.

En su libro *El interior de la historia: historiografía arquitectónica para el uso de latinoamericanos* (1990), Marina Waisman afirmaba que el significado de la modernidad estaba en el centro mismo de los debates teóricos latinoamericanos, sin embargo se cuestionaba: "¿no sería ya el momento de abandonar definitivamente la ideología de la modernidad? ¿no sería ya el momento de aceptar plenamente las consecuencias del paso a la cultura posmoderna?" (Waisman, 1990: 141) (figura 10).

Estas interrogantes, planteadas por Marina Waisman, permiten dilucidar el protagonismo que adquirió en el contexto de la posmodernidad y la reformulación del concepto de modernidad que hicieron los SAL para el ámbito latinoamericano. A partir del III SAL, los objetivos propuestos en estos encuentros se orientaron a cons-

truir un marco teórico sobre la relación identidad-modernidad, una tarea a lo que se dedicaron con ahinco principalmente Cristian Fernández Cox, Enrique Browne y Marina Waisman. El regionalismo de Kenneth Frampton encajaba con aquel deseo de revalorizar "lo local" frente a los procesos de globalización mundial, por lo que el eje "modernidad-apropiada regionalismo-crítico" fue un tópico reiterado de discusión.

En el IV SAL de 1989 en Tlaxcala, México, Waisman presentó una conferencia en la que analizaba las propuestas teóricas de Cristian Fernández Cox y Enrique Browne sobre identidad y modernidad y la noción de regionalismo presentada por Kenneth Frampton. Al año siguiente dedicó el número 134 de la revista *Summarios* al dossier Identidad y modernidad, en el que publicó el estado de estos debates en el seno de los SAL. Este número contó con colaboraciones de los brasileños Hugo Segawa, Carlos Eduardo Comas, los colombianos Silvia Arango y Carlos Niño, y los argentinos Marina Waisman y Adrián Gorelik.

Además, la revista chilena *Arquitecturas del Sur* también publicó un número similar en 1989, titulado Regionalismo y Modernidad Apropiada, en el que se reprodujeron varias ponencias presentadas en el SAL de aquel año. Estos documentos, y las presentadas por Antonio Toca y Fernández Cox permiten reconstruir el tono de las discusiones en torno al eje identidad-modernidad-regionalismo que

Figura 11. Portada revista Arquitecturas del Sur, No. 14, Año VI, 1989. Fuente: Archivo Centro Documentación Arquitectura Latinoamericana. CEDODAL.

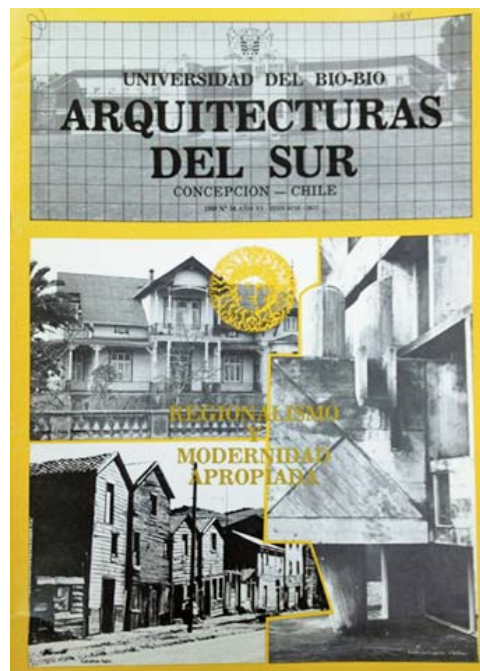


Figura 12. Portada revista Summarios, No 134, 1989. Marzo/ Abril 1990. Archivo Centro Documentación Arquitectura Latinoamericana. CEDODAL



tuvieron lugar en el ámbito de los SAL (figuras 11 y 12).

Cristian Fernández Cox opinaba que la modernidad como noción cerrada era válida en sociedades que habían experimentado una modernidad ilustrada y, en cierto modo, parecían estar culminando esa experiencia y realizando una introspección autocrítica sobre la posmodernidad. Así, mientras las sociedades desarrolladas se modernizaron por endogénesis de su propia historia, en el caso de América Latina se dio una especie de “modernidad a presión”, desde “afuera”, vinculada a la idea de progreso económico y no de las estructuras sociales en su conjunto. Por lo tanto, para este autor, la noción de posmodernidad resultaba ajena a la realidad latinoamericana, puesto que constituía en una “experiencia inseparable de la culminación de las vivencias de la modernidad ilustrada en sociedades desarrolladas, algo sustantivamente diferente y ajeno de los acontecimientos nuestros” (Fernández Cox, 1993: 11).

Waisman proponía un planteamiento similar, partiendo de la idea de que América Latina no había sido nunca moderna, no cabía hablar de una posmodernidad en el mismo sentido que lo estaban planteando autores del primer mundo —especialmente franceses, ingleses y estadounidenses—. ¹⁰ Sin embargo, atribuía a la cultura actual del pensamiento posmoderno, un “viraje” de la sociedad que había permitido el derrumbe de los modelos vinculantes y la aceptación del pluralismo, lo que había

permitido visibilizar y poner en valor arquitecturas consideradas hasta entonces periféricas, como la latinoamericana (Waisman, 1989: 10).

En la misma línea argumentativa, Fernández Cox opinaba que no se podía desconocer, que el “espíritu posmoderno” constituía un desafío y “oportunidad apasionante” para los arquitectos de países del tercer mundo en la creación de arquitecturas apropiadas a las peculiaridades locales de las diversas culturas, frente al “flujo homogeneizante de la civilización universal” (Fernández Cox, 1984: 16).

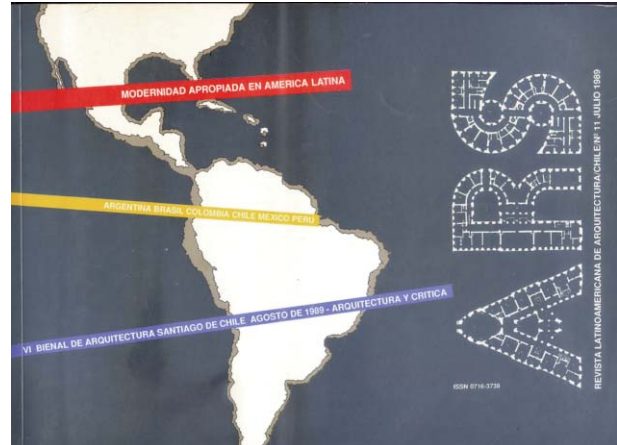
Se entendía entonces, que era necesario poner en valor los atributos del entorno cercano, las potencialidades de las propuestas locales y conciliar las diferencias entre modernidad e identidad, más aun, cuando, como lo expresaba Marina Waisman, los problemas políticos y sociales enfatizaban las diferencias entre los países latinoamericanos y los países emisores de formas posmodernas (Waisman, 1990a: 17),

Fernández Cox resolvía esta relación identidad-modernidad a partir de su construcción teórica sobre una “modernidad apropiada”. Para este autor, la modernidad debería considerar las especificidades de los pueblos que la experimentaban y sus circunstancias históricas contemporáneas. Así, para el caso específico de América Latina entendía esa “apropiación” bajo un triple sentido: la modernidad era ‘apropiada’ en tanto que “adecuada” a la realidad latinoamericana, capaz de albergar la riqueza y diversidad en su conceptualización; “apropiada” en cuanto que se hacía “propia”, mediante la asimilación de ideas, ciencias, técnicas y modelos de manera selectiva y conveniente a la situación latinoamericana; y finalmente, ‘apropiada’ en el sentido de “específica”, o sea, como respuesta creativa a situaciones particulares latinoamericanas (Fernández Cox, 1993: 13-14).

La modernidad apropiada propuesta por Fernández Cox tuvo amplia acogida entre los participantes de los SAL. El arquitecto argentino Roberto Fernández, en el artículo “Propiedad y ajenedad en la arquitectura latinoamericana” publicado en 1988 en la revista ARS No.10, recuperaba la idea de que la arquitectura era una disciplina capaz de contribuir al desarrollo social, y definía además, lo que en su opinión era una “arquitectura apropiada”:“(…) pluralista y diversamente adaptada las enormes diferencias regionales en lo ambiental y



Izquierda. Figura 13.
Portada Revista ARS,
No 10, mayo 1988.
Archivo Centro
Documentación
Arquitectura
Latinoamericana.
CEDODAL.



Derecha. Figura 14.
Portada Revista ARS,
No 11, julio 1989.
Archivo Centro
Documentación
Arquitectura
Latinoamericana.
CEDODAL.

cultural, lúcida en su pertenencia a las corrientes internacionales y por lo tanto segura de sus elecciones y apropiaciones y referencias...” (Fernández, 1989: 23) (figuras 13 y 14).

Enrique Browne también dedicó amplio espacio a la reflexión sobre la antinomia modernidad e identidad. En su reflexión sobre el Espíritu del tiempo y el Espíritu del lugar, que había presentado en varias conferencias en los SAL y en su libro *Otra arquitectura en América Latina* (1988), Browne proponía que identidad y modernidad no debían ser conceptos contrapuestos si se conseguía conciliar las culturas locales, a lo que el llamaba “Espíritu del lugar”, con los avances tecnológicos y científicos del mundo desarrollado “Espíritu del tiempo”. Esta tensión creaba una dialéctica que permeaba la evolución de la arquitectura desde los años de 1930 en adelante, lo que para Browne era evidente en la obra de “pioneros” como Villagrán García en México, de Lucio Costa en Brasil, Sergio Larraín en Chile, y en ejemplos recientes, como en la obra de Luis Barragán, Eladio Dieste o Rogelio Salmons (Browne, 1991: 27).

En esta tensión entre “lo universal” y “lo local”, entre el proceso de homogenización que dominaba la cultura de la época y la necesidad de consolidar una identidad, Waisman sostenía que la noción de “región” era más adecuada que la de “centro-periferia”, porque situaba la cuestión en un terreno neutral. La noción de región era una unidad cultural entre otras, por lo tanto se regía por sus propias pautas y no reconocía “centro” alguno al cual subordinar su producción.

El regionalismo crítico de Kenneth Frampton encajaba con aquel deseo devalorizar “lo local” frente a los procesos de globalización mundial, por lo que fue una

teoría muy discutida en los SAL. Así lo ponía en evidencia el brasileño Hugo Segawa, en el artículo escrito para la revista brasileña *Projeto* titulado *As orelhas quentes de Frampton*, en el que reseñó el desarrollo del IV SAL de 1989. Allí afirmaba, con cierto humor, que el regionalismo-crítico había sido una teoría “tan contestada y rebatida como las recetas que el Fondo Monetario internacional deja en los países que visita”. (Segawa, 1989: 132) Al respecto, Fernández Cox opinaba por ejemplo, que el regionalismo difería de lo vernáculo o folclórico y sugería que era una fertilización cruzada entre cultura, por una parte, y civilización universal, por la otra, “el regionalismo florece esporádicamente entre las grietas culturales que articulan de modos inesperados los continentes de Europa y América”. (Fernández Cox, 1989: 16) De manera similar, Antonio Toca también expresaba que entre las diversas interpretaciones de la arquitectura moderna o internacional que había traído consigo el Posmodernismo, la alternativa más acertada la ofrecía el regionalismo crítico. Para él, esta tendencia trataba de responder, con un uso moderno de los materiales y técnicas locales, a las condiciones sociales, culturales, climáticas del lugar o región donde se produce, y aparecía como una alternativa “creativa e independiente” con posibilidades para gestar una arquitectura adecuada a su medio (Toca, 1988: 24).

Sin embargo, Waisman opinaba que la propuesta regionalista de Frampton era distinta a la que planteaban estos teóricos latinoamericanos. Para Frampton, las arquitecturas que intentaban una mayor expresión de lo local, eran calificadas como “resistentes”; y esto, a criterio de Waisman, correspondía a una visión desde el “centro”, que obedecía a la voz de un crítico ajeno a otras realidades, puesto que implicaba una actitud pasiva, desencanta-

da y reaccionaria. Por el contrario, la noción de “región” de los arquitectos latinoamericanos, en su opinión, se trataba de una arquitectura “divergente”, que consistía en buscar caminos hacia la conformación de una cultura arquitectónica original, en una posición eminentemente activa y que, por lo tanto, debería ser considerada como “vanguardista” y no como “resistente”; una palabra que, parra Waisman, tenía connotaciones de retraso frente a las propuestas de avance y que, además, no tenían nada que ver con la realidad del ámbito latinoamericano.

“Los latinoamericanos son ‘vanguardistas natos’, porque nos dirigimos más fácilmente hacia el futuro que hacia el pasado. La nostalgia no es nuestro fuerte. Cuando intentamos revivir el pasado, logramos a lo sumo, inventar una imagen cinematográfica de un pasado inexistente (como el neocolonial o californiano). Eso, sin hablar de los cultivadores de la nostalgia ajena. Pero esa verdadera nostalgia que hace añorar un pasado ‘que siempre fue mejor’ no suele tener adeptos en estos pueblos que mantienen viva la fe en el progreso, un progreso ideologizado que nos fue inculcado junto al virus de la modernidad”. (Waisman, 1989: 9)

Para Browne y Fernández Cox, las reflexiones sobre una “modernidad apropiada” se referían, por un lado, a una arquitectura que conciliase los atributos geográficos y tecnológicos, y por otro, a una reformulación de la noción de “modernidad” y la ideología de “progreso” que llevaba implícita. Para ambos autores, la modernidad en el contexto latinoamericano debía ser concomitante con la historia y a las costumbres “locales”. Para Waisman, una “región” se entendía a través de las relaciones que se establecían entre ellas, y quedaba definida por la manera particular en que hubiera conseguido fusionar los fenómenos universales con las características locales. En definitiva, con una aproximación regionalista, tanto la crítica como la historia debían poner en relación a la arquitectura con su medio de producción. Desde esta lógica, por ejemplo, la obra de Eladio Dieste podría haberse considerado tan avanzada tecnológicamente como la de Norman Foster, porque cada una de ellas respondía a las tecnologías del medio en que había sido producida y conceptualizada (Waisman, 1990).

“Encrucijadas” latinoamericanas

Si bien la propuesta de una “modernidad apropiada” y su defensa de las arquitecturas regionales ¹¹ tuvo amplia acogida en el seno de los SAL, también tuvo algunos detractores o escépticos. El número 134 publicado en 1990 por la Revista *Summarios*, dirigida por Marina Waisman, reprodujo dos artículos escritos por Hugo Segawa y Adrián Gorelik, que presentaban visiones bastante críticas a estos discursos latinoamericanistas de sus colegas (figura 15).

En su texto, Segawa argumentaba que, aunque el término regionalismo había comenzado a tomar fuerza dentro del ámbito europeo y norteamericano en la década de 1980 como contrapunto al Movimiento Moderno ortodoxo, ya llevaba presente desde la primera mitad del siglo XX, cuando se discutía sobre el “neomperialismo escandinavo” o el “Bay Region Style” norteamericano. Sin embargo, hasta los años ochenta del reconocimiento del regionalismo no había contemplado arquitecturas de otras latitudes como la musulmana, oriental o tropical. Teniendo en cuenta lo anterior, Segawa consideraba que esta valoración de los ‘exotismos’ coincidía con la búsqueda de salidas para el agotamiento cultural (Segawa, 1990: 27).

Por otro lado, argumentaba que en América Latina también se estaban contemplando oposiciones entre términos como “metrópoli” y “colonia”, “desarrollo” y

Figura 15.
“Encrucijadas latinoamericanas.” Buenos Aires, sábado 24 de abril de 1993. Archivo Centro Documentación Arquitectura Latinoamericana. CEDODAL.



“subdesarrollo” y “centro” y “periferia” en el campo específico de la arquitectura, que tenían su fundamento en la Teoría de la Dependencia adoptada en los programas políticos de modernización de los países subdesarrollados.¹² Así, esas paradojas habían nacido del entendimiento de diferencias esenciales entre sociedades hegemónicas y periféricas, a raíz de las cuales el origen de nuestros males está en los países centrales y el capitalismo internacional.

Así, para Segawa era recurrente en los debates de los SAL la idea de que América Latina importaba ideas producidas en los centros —refiriéndose a Europa y los Estados Unidos como centros de producción académica y profesional—, que estaban fuera de contexto en el ámbito latinoamericano. Aunque opinaba que era un discurso cargado de buenas intenciones, derivaba de la lógica propuesta por la Teoría de la dependencia, por lo que era preciso discernir cuáles era las actitudes ideológicas, “los saberes consumados” en el reconocimiento de una arquitectura latinoamericana (Segawa, 1990: 30).

Pocos años después, Francisco Liernur coincidiría con estas afirmaciones de Segawa en su artículo “Civilización o barbarie”, publicado en 1993 a propósito del desarrollo del VI SAL, que se llevó a cabo en Caracas, Venezuela. Allí opinaba que varios arquitectos con frecuencia se lamentaban sobre la imparable difusión de normas estéticas y teóricas de origen internacional, y solían sugerir que ese fenómeno era producto de “una suerte de complot originado en los países centrales y dirigido a disolver nuestras raíces y hacernos débiles con el objeto de dominarnos.” Para Liernur, si bien “algunos se verían complacidos de tener tanto poder”, afirmaba que “atribuir los que ocurría en América Latina a algún malo de la película era exagerado y erróneo.” A su criterio, un consumo masivo de esas normas y la generación simultánea de rupturas y alternativas constituían dos partes de un mismo problema: “una consecuencia general de la modernidad, una relación entre las tendencias de igualación y abstracción y las expresiones individuales, la libertad y la particularidad” (Liernur, 1993a).

Por otro lado, en el artículo “¿Cien años de soledad? Identidad y modernidad en la cultura arquitectónica latinoamericana” del argentino Adrián Gorelik, respondía críticamente a la noción de “Modernidad apropiada” formulada por Fernández Cox. Para Gorelik este concepto operaba en tres niveles —el conceptual, el analítico y el

programático— que contenían errores argumentativos importantes.

En el primer nivel, el conceptual, existía una contradicción “indisoluble” entre las dos partes de la categoría —modernidad y apropiada—, puesto que estas calificaciones tenían que ver con la búsqueda de excepciones, ya que, a su criterio, “lo apropiado” debía ser diferente de “lo moderno”, es decir, su excepción. De esa forma introducía “furtiva y acriticamente” una visión negativa de la modernidad, entendida como una pérdida inevitable. Para Gorelik, lo que se teoriza como “Modernidad Apropiada” no es mucho más que un gesto de renuncia, la aceptación de un hecho que se considera tan fatídico como irreparable (Gorelik, 1990: 33).

En el segundo nivel, el de la “Modernidad Apropiada” como categoría analítica, lo primero que señalaba Gorelik es que en ella cabía “toda la buena arquitectura hecha en Latinoamérica en el siglo XX de Pedregales a Pedregullos (SIC)”, en referencia a dos de los más valorados proyectos de alojamiento y urbanización del continente: el del Pedregal de San Ángel de Luis Barragán, en México D.F, y el del complejo habitacional de Pedregulho de Affonso Eduardo Reidy, en Río de Janeiro. Para Gorelik, esta circunstancia reducía la noción de “apropiado” a las antiguas nociones de eficacia de una manera reduccionista.

Finalmente, para Gorelik el nivel programático era el más débil de todos, precisamente porque era el que pretendía hacer la principal contribución: aportar nuevos caminos para hacer arquitectura. Y advertía que Modernidad Apropiada solo servía para definir hechos que hubiesen demostrado su propiedad por sus resultados a posteriori. Argumentaba que, tanto en arquitectura, literatura o arte, era imposible que las condiciones que los hicieron ‘apropiados’ pudieran postularse estimularse o repetirse. Ponia como ejemplo el caso de Lucio Costa, “quien hizo su magnífica y apropiada arquitectura cortando puentes con todas las convenciones y reivindicando a Le Corbusier, de un modo que en la actualidad podría acarrearle el más absoluto repudio” (Gorelik, 1990: 34).

En definitiva, Gorelik expresaba que, además de proponer una crítica operativa, la ponderación de lo “apropiado” impedía proporcionar parámetros para juzgar lo que estaba sucediendo en ese preciso momento. Así, planteaba que lo propio no era algo que existiera en la historia, la naturaleza o la tradición, esperando a ser

Figura 16. "El Laberinto de la identidad." Clarín. Buenos Aires, viernes 21 de julio de 1989. Archivo Centro Documentación Arquitectura Latinoamericana. CEDODAL.



interpretado o expresado en la arquitectura y el arte, sino que era una construcción inaccesible al dualismo simplista de "lo propio" y "lo ajeno" (Gorelik, 1990: 38).

En este sentido, sostenía que es más útil el concepto de transculturación que propuso Fernando Ortiz en la década de 1940 en Cuba, que posteriormente había utilizado Ángel Rama. Ambos autores proponían estimar los problemas derivados de los diversos procesos de modernización, de forma que lo que distingue a la cultura moderna es que todas las fuentes culturales están en contacto y transformación. Como resultado, nadie duda que se producen pérdidas, selecciones, redescubrimientos e incorporaciones, como operaciones concomitantes que caracterizan la "plasticidad cultural", a diferencia de la pasividad de universos estancos "enfrentados".

Marina Waisman contestó a este artículo de Gorelik en el editorial de la misma revista. Afirmaba que el ataque frontal contra el concepto de Modernidad apropiada de Gorelik era "curioso", porque apoyaba su tesis justamente en los puntos que sustentan aquel concepto: la validez de una arquitectura que desea ser moderna, sin perder relación con su medio cultural. Además, sobre la afirmación de que se pretendía realizar una crítica operativa, Waisman afirmaba que la función de la teoría y la crítica era precisamente la de reconocer y valorar ciertos ejemplos y ciertas direcciones en la práctica arquitectónica, que esto implicaba un intento de orien-

tar, a su criterio era indudable, porque en definitiva, era precisamente una de las funciones de la crítica o "una de sus consecuencias inevitables" (Waisman, 1990b: 3).

Además de las posturas abiertamente contrarias, algunos enfrentaban con cierta ambivalencia la pertinencia de una búsqueda de la identidad desde la reflexión puramente teórica, como cuestión central para el devenir de la arquitectura de la región. El arquitecto argentino Rafael Iglesia, en un artículo de prensa publicado en 1989, hacía algunas reflexiones sobre las ponencias expuestas en el IV SAL, y recurrió a la metáfora del laberinto para referirse a la búsqueda de la identidad cultural latinoamericana de estos encuentros. Por un lado, opinaba que modernidad, posmodernidad y dependencia saltaban continuamente como minotauros que se espera encontrar y matar al término de aquel laberinto. Sin embargo, para Iglesia más que la muerte de aquellos monstruos, era indispensable que a la necesaria reflexión sobre "nuestra realidad y sus problemas", se sumara "la meditación del hacer". (Iglesia, 1989) (figura 16).

Sin bien Iglesia reconocía, que la obra presentada en aquel seminario por algunos arquitectos era un ejemplo magnífico de acción práctica —como la de los mexicanos Carlos Gonzales Lobo y Carlos Mijares, lo los chilenos Enrique Browne y Fernández Cox—, al final de aquel seminario, pensaba que el laberinto continuaba siendo algo sin escapatoria aparente. Y terminaba preguntándose si la retórica de la identidad no sería un discurso de palabras vanas que habrían de estrellarse contra la realidad dura, urgente e injusta de los latinoamericanos, que enfrentaban problemas emergentes como los déficits habitacionales en las grandes ciudades (Iglesia, 1989).

Aunque el tema de la identidad latinoamericana en la arquitectura se planteaba como una salida optimista al panorama arquitectónico contemporáneo, para el SAL de 1993, la brecha insalvable entre estos presupuestos ideológicos y la producción arquitectónica que ya mencionaba Rafael Iglesia en 1989 se amplió. Las interrogantes que planteó Rogelio Salmons en su intervención en el SAL de 1989, parecían no encontrar respuesta en aquellos debates teóricos: "Si en las ciudades latinoamericanas todo puede suceder (...) las normas establecidas se rompen a cada instante, vivimos lo extraordinario, lo sorprendente, lo insólito. ¿Cómo estos hechos no se han traducido en la arquitectura? ¿Es que lo real maravilloso de Carpentier solo es

Figura 17.
 “Un Sal con un salvable saldo.”
 Clarín. Buenos Aires. Sábado 22 de mayo de 1993. Archivo Centro Documentación Arquitectura Latinoamericana. CEDODAL.



válido para la vida cotidiana o para la ficción pero no para la arquitectura? (Salmona, 1989: 18).

Francisco Liernur sostenía que, tras el encuentro de 1993, resultaba innegable que los esfuerzos teóricos de quienes intentaron vincular “lo propio” al exigente mundo de las demandas modernistas no habían podido ir más allá del concepto de “carácter local”, como respuesta al clima, materiales y tradiciones particulares. Para Liernur, la presencia “una vez más” del maestro Eladio Dieste, y “una vez más” de Teodoro González de León no hizo más que mostrar patéticamente que “a pesar de la supuestamente inagotable e innata creatividad latinoamericana nada nuevo había ocurrido bajo el tropical sol.” (Liernur, 1993b) Para Liernur, una de las voces más críticas de estos encuentros, aunque los seminarios habían resultado un paso importante y valioso hacia la formación de una comunicación reflexiva sobre los problemas de la arquitectura de la región, pasado el gesto inicial, había que admitir que tras la reunión de Caracas se había producido una importante inflexión (figura 17).

Luego de concluido el VI SAL de 1993, se llevó a cabo el siguiente seminario en las ciudades de São Paulo y São Carlos en Brasil en 1995. Después de aquel año, se interrumpió su realización bianual por única vez, para retomarse en 1999 en la ciudad de Lima, Perú. De acuerdo a

Ramírez Nieto, en uno de los trabajos más recientes publicados sobre el pensamiento crítico generado en los SAL, en 1995 se cerraba una segunda fase en el desarrollo de los debates teóricos propuestos, que estaba marcado por la desesperanza, duda y necesidad de buscar nuevos sentidos a estos discursos latinoamericanos que para algunos participantes se sentían como propuestas emocionantes pero ya caducas. En Brasil, para este autor, se había asumido la “superación de los elementos que había inspirado inicialmente el encuentro en torno a la arquitectura continental” (Ramírez Nieto, 2011:42).

Así, dependencia, crisis económica, deuda externa, geografía común, memoria compartida de un pasado colonial y/o prehispánico, y un deseo de revalorización de “lo propio” fueron los componentes de la búsqueda de una identidad latinoamericana en aquellos debates. La noción de posmodernidad, tan discutida en aquellos años, había actuado como una noción altamente sugerente, que catalizó inquietudes como el pluralismo, la fragmentación, o la modernidad inalcanzada, y además, activó reflexiones sobre las características de la arquitectura moderna y contemporánea latinoamericana y las condiciones de su producción.

Por otro lado, aquel “ethos” de la posmodernidad, llamó la atención sobre las arquitecturas y teorías catalogadas hasta entonces como postmodernas, principalmente el regionalismo crítico. Esto le confirió a esta caracterización de lo latinoamericano la pauta específica de aquellos años, con la introducción de categorías analíticas propias del regionalismo crítico de Kenneth Frampton —su autor más influyente—, como lo universal local, y la noción de región.

Sin embargo, para muchos de los arquitectos que asistieron a los Seminarios de Arquitectura Latinoamericana celebrados entre 1985 y 1991, como los aquí citados, el discurso de lo latinoamericano era una problemática netamente arquitectónica que, sin embargo, tenía orígenes y motivaciones que sobrepasaban el ámbito profesional. Además de estar suscrita a las tendencias regionalistas de la época del ámbito arquitectónico internacional, la necesidad de caracterizar la identidad latinoamericana en la arquitectura respondió también al contexto político y socioeconómico de aquella “década perdida” de los años de 1980, en los que la tan mentada “latinoamericanidad” y el inagotable énfasis en la “dependencia” adquieren otro sentido. La

susplicia que levantaban las ayudas extranjeras acrecentó en el imaginario popular el convencimiento de que, para solventar la crisis económica y social que los aquejaba, tendrían que confiar en recursos y medios propios. Así, identidad, integración y desarrollo parecían ir de la mano, y le conferían a esta búsqueda lo latinoamericano en la arquitectura, un sesgo propio del ámbito regional.

Independientemente de que el contexto sociopolítico de la década de 1980 haya quedado en el pasado y que, las consignas latinoamericanistas y regionalistas se hubiesen considerado agotadas, la producción teórica al amparo de estas discusiones es tan amplia, como lo demuestra la cantidad de libros y artículos citados hasta aquí, que, sin duda, constituyen un referente inexcusable para cualquier estudio de la arquitectura latinoamericana del momento. Las discusiones que se han expuesto en estas páginas, fueron extensas, complejas y llenas de matices, y en gran parte herederas del tiempo en el que se gestaron. Sin embargo, es necesario mirar este capítulo del debate teórico latinoamericano, como lo que fue, un momento histórico complejo, aunque apasionante, en el que los arquitectos latinoamericanos, por primera vez en mucho tiempo, caminaron juntos a través de un enredado y confuso laberinto en busca de una identidad propia.

Notas

1. Los mexicanos José Villagrán García, Juan O’Gorman, Enrique del Moral, Enrique Yáñez, Mario Pani, los brasileña italiana Lina Bo Bardi, los brasileños Roberto Burle Marx, Lucio Costa y João Batista Vilanova Artigas, el venezolano Raúl Villanueva. Al finalizar la década de 1990 también habían desaparecido otros como los argentinos Amancio Williams y Marina Waisman y el uruguayo Eladio Dieste.
2. En 1986, William Curtis comentaba entusiastamente la obra de Barragán diciendo que “hablar simplemente de la fusión de regionalismo y Estilo Internacional, de lo vernáculo y Le Corbusier, es trivializar a Barragán: su estilo expresaba un talante genuinamente arquetípico en contacto con la vena trágica de la historia cultural mexicana” . (Curtis, 1986). Kenneth Frampton en la edición de 1981 de su libro *Historia crítica de la arquitectura moderna* no hacía ninguna referencia a Barragán, pero en la de 1989 incluía un repertorio de cinco de sus obras en el capítulo “Regionalismo crítico: arquitectura moderna e identidad cultural”. (Frampton, 1989)
3. Las reuniones de 1985, 1986, 1987 y 1989 fueron calificadas de “encuentros”. A partir de 1991 adoptaron, ya para siempre, el nombre de Seminarios de Arquitectura Latinoamericana, o los SAL, nombre que se utiliza a lo largo de este artículo para referirse a ellos.
4. El estado de la arquitectura en la región fue una preocupación iniciada en la década anterior,

como lo demuestran investigaciones publicadas en aquellos años como *América Latina en su arquitectura* (1976) de Roberto Segre o *Panorámica de la Arquitectura Latinoamericana* (1977) de Gaspar Bayón y Paolo Gasparini, coeditado por la Unesco, que pretendía ser una actualización de *Nuevos Caminos de la Arquitectura Latinoamericana* (1969) de Francisco Bullrich.

5. Enrique Browne citaba al economista chileno Herrera, Felipe. 1985. *Visión de América Latina (1974-1984)*. Madrid: Pehuén editores; y Portes, Alejandro. 1985. “Latin American class structures: Their composition and change during the last decades.”, *Latin American Research Review*, vol 2. No.3: 7-39.
6. El movimiento estudiantil de 1968 fue un movimiento social en el que además de estudiantes universitarios, participaron profesores, intelectuales y obreros que se manifestaron en la Ciudad de México y quienes fueron violentamente reprimidos el 2 de octubre de 1968 por el gobierno de México en la matanza en la Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco, donde fueron asesinados un número aún desconocido de jóvenes estudiantes. Diez días más tarde se inauguraron los Juegos Olímpicos de México.
7. El consejo editorial de esta revista chilena estaba formado casi en su totalidad por miembros de los SAL. Entre ellos figuraban: Mariano Arana, Silvia Arango, Juvenal Baracco, Pedro Belaúnde, Guido Díaz, Tony Díaz, Cristian Fernández, Ramón Gutiérrez, Eolo Maia, Gustavo Medeiros, Rolando Moya, Pedro Murtinho, Augusto Ortiz, Alberto Petrina, Edward Rojas, José Rosas, Rogelio Salmona, Bruno Stagno, Antonio Toca, Sergio Trujillo y Ruth Verde Zein.
8. *Summa 212, Arquitectura en Iberoamérica*, mayo de 1985.
9. La arquitecta argentina Adriana Irigoyen resalta en una mesa de discusión celebrada en 1993, que en Buenos Aires era más sencillo encontrar un ejemplar de la revista *GA. Global Architecture* de Japón, que una publicación editado al otro lado de los Andes o más al norte de Río Grande del Sur. (Irigoyen, 1993). De manera similar, Arana llamaba la atención sobre el hecho de que, mientras en la *Bienal de Arquitectura de Buenos Aires de 1985* el arquitecto colombiano Rogelio Salmona tuvo un público de apenas 30 personas, Aldo Rossi o Kenzo Tange contaron un auditorio de casi 2000 asistentes (Salmona, 1985, en *Summa et al.*, 1991: 14).
10. Esta afirmación muestra una influencia marcada de Habermas y su conferencia “La modernidad un proyecto incompleto” que pronunció en 1980 a propósito de haber sido galardonado con el Premio Adorno en Frankfurt. Habermas, Jürgen. “La modernidad un proyecto incompleto” en Nicolás Casullo (ed.): *El debate Modernidad-Posmodernidad*. Buenos Aires, Editorial Punto Sur, 1989. Pp. 131-144. En la ponencia de Waisman en el IV SAL, publicada en la revista *Arquitecturas del Sur* 14, cita a Jünger Habermas, *El discurso filosófico de la modernidad*, 1989; a Gianni Vattimo, *El fin de la modernidad*; 1986; y a Jean François Lyotard, *La condición posmoderna*, 1986.
11. Enrique Browne en 1991 llegó inclusive a denominarla un nuevo movimiento. “Hasta el momento han surgido varias designaciones posibles para nuestro movimiento. Roberto Fernández ha hablado de ‘Modernidad Periférica’, Cristian Fernández Cox de ‘Modernidad Apropriada’, o de ‘Otra Modernidad’. Por su parte Marina Waisman ha sugerido el nombre de ‘Regionalismo Divergente’. Antonio Toca habla de ‘Nueva Arquitectura’, y, posteriormente yo adopté aquel de ‘Otra Arquitectura.’” (Browne, 1991:33)

12. La Teoría de la Dependencia fue una respuesta teórica elaborada entre los años cincuenta y setenta por científicos sociales a la situación de estancamiento socio-económico latinoamericano en el siglo XX. Esta teoría proponía la dualidad 'centro-periferia' para explicar que la economía mundial poseyese un diseño desigual y perjudicial para los países no desarrollados, a los que se les había asignado un rol periférico de producción de materias primas con bajo valor agregado, en tanto que las decisiones fundamentales y los mayores beneficios se realizan en los países centrales, a los que se ha asignado la producción industrial de alto valor agregado.

Bibliografía

- Boza, Cristian et al. 1989. Editorial. Arquitectura latinoamericana en tiempos de democracia: un desafío. *ARS*, 11: 7-9.
- Browne, Enrique. 1989. *Líneas contemporáneas en América Latina*. Ensayo preparado para ponencia en III SAL, Manizales, Colombia. Archivo Centro Documentación Arquitectura Latinoamericana. CEDODAL.9 Págs.
- Browne, Enrique. 1991. Algunas características de la nueva arquitectura latinoamericana. En: Fernández Cox, Cristian et al (ed.), *Modernidad y Postmodernidad en América Latina*. Bogotá: Escala. 23-33.
- Curtis, William. *Arquitectura moderna desde 1900*. Madrid: Hermann Blume, 1986.
- Dieste, Eladio. 1991. *La estructura cerámica*. Conferencia presentada en IV Encuentro de Arquitectura Latinoamericana. Caracas, Venezuela. Archivo CEDODAL. 5 Págs.
- Ediciones Summa, Instituto Argentino de Investigaciones en Historia de la Arquitectura y el Urbanismo, Universidad Autónoma Metropolitana. 1990. *Arquitectura Latinoamericana Pensamiento y Propuesta*. Buenos Aires: Ediciones Summa.
- Fernández Cox, Cristian. 1984. Universalidad y peculiaridad en la dimensión simbólica: un marco teórico. *ARS*, 5: 13-16.
- Fernández Cox, Cristian. 1993. *Modernidad apropiada en América Latina*. Conferencia presentada en VI SAL. Archivo CEDODAL.19 Págs.
- Fernández, Roberto. 1989. Propiedad y ajenidad en la arquitectura latinoamericana. *ARS*, 10: 18-23.
- Frampton, Kenneth. 1987. *Historia crítica de la arquitectura moderna*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Frampton, Kenneth. 2000. Prólogo. Latin American Architecture Six Voices. En Malcom Quantrill. Ed. Texas: Texas A&M University Press.
- Gorelik, Adrián. 1990. ¿Cien años de soledad? Identidad y modernidad en la cultura arquitectónica latinoamericana. *Summarios*, 134: 32-40.
- Gutiérrez, Ramón. 1987. *Palabras del arquitecto Ramón Gutiérrez en la inauguración del III Encuentro*. Documento 9 de abril de 1987. Archivo CEDODAL.9 Págs.
- Gutiérrez, Ramón. 2011. *Sal 25 años*. Notas manuscritas. 27 de enero de octubre de 2011. Archivo CEDODAL. 1 folio.
- Irigoyen, Adriana. 1993. *Pasar revista a la memoria*. Borrador a presentarse en la mesa de trabajo El papel de las revistas de arquitectura en el VI SAL de Caracas. Archivo CEDODAL. 4 Págs.
- Iglesia, Rafael. El laberinto de la identidad. *Clarín*, 19 de julio de 1989. Archivo CEDODAL.
- Liernur, Francisco. 1993 a. La norma y el carácter en la arquitectura latinoamericana reciente. Civilización y barbarie. *Clarín*, Buenos Aires, 24 de abril de 1993.
- Liernur, Francisco. 1993 b. Las consignas regionalistas en crisis y la apertura a nuevos horizontes. Un SAL con un saludable saldo. *Clarín*, Buenos Aires, 24 de abril de 1993. Archivo CEDODAL.
- Moscato Jorge. 1991. *Área diseño, documento de trabajo*. Archivo CEDODAL.
- Ramírez Nieto, Jorge. 2011. *Las huellas que revela el tiempo (1985-2011) Seminarios de Arquitectura Latinoamericana SAL*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Saldarriaga, Alberto. 1987. Los destinos de la arquitectura en América Latina. Héroes o tumbas. *El Espectador magazine dominical*. Mayo 1987. Archivo CEDODAL.
- Salmona, Rogelio. 1989. *Una reflexión como arquitecto latinoamericano*. Conferencia presentada en el IV Encuentro de Arquitectura Latinoamericana. México D.F: Asesoría Gráfica. Págs. 13-18.
- Segawa, Hugo. 1989. *As orelhas quentes de Frampton*. Projeto, 124: 132.
- Segawa, Hugo. 1990. Dilemas de la modernidad y de la tradición en la arquitectura brasileña. *Summarios* 134: 27-31.
- Segawa, Hugo. 2005. *Arquitectura latinoamericana contemporánea*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Sunkel, Oswaldo. 1993. Del desarrollo hacia dentro al desarrollo desde dentro. *Revista Mexicana de Sociología*, 1, Volumen 53: 3.
- Toca, Antonio. 1988. Una arquitectura alternativa para América Latina. *ARS*, 10. 24-28.
- Waisman, Marina. 1988. Paradojas de la utopía las dos últimas décadas. *A&V Monografías de Arquitectura y Vivienda*, 13: 36-41.
- Waisman, Marina. 1989. Para una caracterización de la arquitectura latinoamericana. *Arquitecturas del Sur*, 14: 8-10.
- Waisman, Marina. 1990. *El Interior de la historia: historiografía arquitectónica para el uso de latinoamericanos*. Bogotá: Escala.
- Waisman, Marina. 1990a. Un proyecto de modernidad. *Summarios*, 134. 18-26.
- Waisman, Marina. 1990b. Editorial Identidad y Modernidad. *Summarios*, 134. 2-3.
- Waisman, Marina. 1993. Pensar Latinoamérica desde acá. *Clarín*, 24 de abril de 1993. Archivo CEDODAL.

Fecha de entrega del artículo:
14/04/15

Fecha de aceptación:
07/06/15

Artículo sometido a revisión por
dos revisores independientes por
el método doble ciego.